

## CAPITULO LV.

## Bernal Diaz de Pisa.



El arcediano Fonseca habia influido para que formase parte de la expedicion y fuese en calidad de contador un protegido suyo á quien llamaba Bernal Diaz de Pisa.

Un estrecho lazo ligaba á este hombre con Fonseca.

Veinte años ántes, siendo lego de un convento de Valladolid, el que era entonces arcediano de Sevilla conoció á una pobre mujer que con un niño de ocho á diez años, despues de un penoso viaje, llegaba desde Italia á la corte de Castilla, en busca de un hidalgo á quien habia conocido en su patria y á quien habia amado.

De su amor habia nacido aquel hijo que vivia como ella en la pobreza y en el abandono, porque el hidalgo habia faltado á su palabra, habia huido de su lado y los habia dejado en la miseria.

Poco ménos que pidiendo limosna se habian trasladado desde la ciudad de Pisa á Valladolid, en donde estaba á la sazón la corte. Fonseca fué el primero que tuvo noticia de aquel secreto, y apiadándose de la pobre mujer se proporcionó por bajo de cuerda los medios de acercarse al hombre que la habia condenado á aquel cruel martirio.

Estaba á la sazón casado con una dama ilustre, y deseando deshacerse á toda costa de aquella mujer que le recordaba

una falta, compró á dos gitanas para que la buscaran y la arrojaran con una piedra atacá al cuello al Pisuerga.

El niño quedó solo, y Fonseca, apiadado de él, le llevó al convento y le tuvo á su lado.

No faltaba por entonces quien atribuyese los medros del lego, que no tardó en profesar, á la amistad de un hidalgo que bien podia ser el padre de Bernal, que este era el nombre del niño que habia recogido Fonseca.

Acaso le habló al alma; acaso le pidió protección para aquel pobre huérfano, y si el amante habia sido bastante infame para cometer un crimen, el padre queria calmar la atribulada conciencia del hombre protegiendo al niño desvalido.

El niño se educó bajo los auspicios de Fonseca, á los diez y ocho años tomó parte en las guerras contra los moros, y al concluirse la de Granada obtuvo un oficio de los más lucrativos de la corte.

Bernal Diaz de Pisa, que sabia la historia de su madre, no tenia más que una buena cualidad: la de ser agradecido.

Para él Fonseca era la imagen de la Providencia, y estaba dispuesto á sacrificarle su vida.

Nombrado el arcediano director de la segunda expedicion y jefe supremo del consejo de Indias, quiso que Bernal Diaz de Pisa acompañase á Colon en calidad de contador.

Aceptó gustoso aquel empleo no solo por servir á su protector, sino porque le prometia pingües ganancias.

Era ambicioso.

Quiso desde el primer momento tener alguna iniciativa; pero Colon no era una de esas personas á quienes francamente se maneja, y en varias ocasiones le señaló los límites en que debia encerrarse.

Antes de partir le habia dado Fonseca instrucciones secretas, y el deseo de complacerle por una parte, y por otra el des-

engaño que, como todos, había recibido, puesto que se le había figurado que llegar y cargar los navíos de oro sería todo uno, le incitaron á declararse en abierta lucha contra Colon, y á tramar una intriga cuyos resultados debían ser funestos.

Impresionables por naturaleza los españoles, se habían animado algo al oír la descripción que Ojeda y Gorbalan habían hecho de sus viajes exploradores, y habían redoblado sus esfuerzos para terminar la edificación de la colonia y para estar dispuestos á emprender la nueva expedición al Cibao que proyectaba el almirante.

Pero llegó el momento de la partida de los nueve buques, y los que tenían necesidad de quedarse vieron partir con profundo sentimiento á sus amigos, cayeron de nuevo en la duda, en la zozobra, en la inquietud, y había muy pocos que no pensasen que el mejor partido que habían podido tomar en aquellas circunstancias, era regresar todos y abandonar para siempre un territorio en donde las ventajas no compensaban los inconvenientes.

Bernal Diaz tenía la opinión de que no era muy acertada la conducta que respecto á los indígenas observaba Colon.

En su concepto eran sueños dorados, y nada más que sueños, las ventajas que en el descubrimiento de aquellas tierras se prometía el almirante.

Durante el viaje había tenido ocasión de visitar en las islas caribes algunas poblaciones indias, y no había hallado en ninguna de ellas rastros de civilización.

Por el contrario, aquellos hombres que se devoraban unos á otros parecían fieras, y por lo tanto lo que convenia, una vez hechos los gastos del viaje, era entrar decididamente á explorar las riquezas, apoderarse de ellas si las había, y de no haberlas regresar á España.

Al ver el desaliento que había entre todos los colonos, ob-

servando que aquella era una excelente ocasión para desbaratar al almirante, deseoso, por otra parte, de regresar á España, no podía escoger ni una situación, ni elementos más á propósito para desprestigiar al almirante, para regresar á la península, y acaso acaso con la influencia de Fonseca, que de seguro la tendría en su favor, derrotando á Colon, volver él algún día al mando de otra expedición, y practicar la política que le inspiraban las costumbres y el carácter de los naturales del país.

La enfermedad de Colon se había agravado un tanto.

Mis lectores no olvidan que padecía de la gota y natural era que aquel clima húmedo, unido á los disgustos que sufría, agravase su dolencia.

Bernal Diaz de Pisa aprovechó esta circunstancia para poner en juego sus planes.

Su proyecto era apoderarse de alguno de los buques que todavía estaban anclados en el puerto, llevar en su compañía el mayor número posible de colonos, llegar á España y hacerles declarar á todos que las noticias que llevaban los que habían salido en las nueve carabelas eran falsas, que la situación de los españoles en la Isabela no podía ser más lastimosa de lo que era, y que por todas estas razones debía renunciarse á la posesión de un territorio que no era más que una tumba de ilusiones y de hombres.

Al efecto conversó con los más descontentos y no tardó en hacer partícipes de sus deseos á la mayor parte de los navegantes.

—Ya veis, les dijo, que el porvenir que nos espera no puede ser más triste. Todavía tardaremos algún tiempo en hacer habitable la ciudad, y cuando esté concluida es muy posible que nos veamos obligados á abandonarla porque ha sido tan poco el tacto del almirante para elegir el sitio donde debíamos

vivir, que si continuamos aquí mucho tiempo, la ciudad se convertirá en un cementerio.

Yo bien sé que Colon tiene poderes plenos para disponer de nosotros, que le debemos obediencia; pero si todos vosotros, lo mismo que yo, estais dispuestos á derramar vuestra sangre en defensa de vuestros reyes y de la religion, no creo que ninguno de nosotros tenga el deber de sacrificarse á la voluntad de un hombre que no en vano muchas naciones han calificado de visionario.

En último resultado, ¿qué podemos prometernos de bueno? Que conquistamos esas montañas del Cibao, que nos apoderamos de las minas de oro de que tanto nos hablan.

Y si esto sucede, ¿cuál es la suerte que nos está reservada? Trabajar dia y noche, para arrancar á las entrañas de la tierra los filones de oro; entregarnos á una ruda tarea á la que no podremos resistir sin buenos alimentos, sin respirar en una atmósfera pura, y ese oro que tanto trabajo y sudores nos costará, esas riquezas que á cambio de nuestra vida podemos adquirir, no serán para nosotros.

Las embarcaciones que vuelvan regresarán á España con ellas, disfrutarán nuestros hermanos de ese tesoro mientras nosotros tendremos que contentarnos cuando más con poseer grandes cantidades de ese metal, pero aquí inútiles, porque con ellas no podremos comprar el más insignificante placer.

Estas razones eran muy poderosas, sobre todo para aquellas gentes que habian formado parte de la expedicion con el secreto deseo de llegar á la India, enriquecerse y volver á España á disfrutar con el oro de los placeres que los más poderosos señores de Castilla se proporcionaban á cada instante, gracias á las pingües riquezas que atesoraban.

—Por otra parte, añadió Bernal Diaz de Pisa, las personas que han ido en las carabelas son todas adictas á Colon

El ha escrito á los reyes, y hasta el mismo padre Boil y el doctor Chanca han confirmado sus noticias.

Los que regresan van muy recomendados á los reyes y hablarán bien.

En Castilla se creará que somos felices.

Vendrán nuevas embarcaciones con hombres llenos de esperanzas.

Nosotros no debemos consentirlo.

—¿Y qué hacer? preguntaron algunos de los que le escuchaban.

—Cumplir nuestro deber, apoderarnos de una de las carabelas, aprovechar un momento oportuno para regresar á España, llegar, acudir todos á la corte, confesar la verdad á los reyes y quitarles una ilusion que puede ser para ellos y para la nacion entera una série infinita de complicaciones y adversidades.

La idea agradó á todos.

Una nueva influencia acabó de decidir á los conjurados.

Formaba parte de la expedicion Fermin Cabo, el cual desempeñaba las funciones de ensayador y purificador de metales.

De un carácter díscolo, de inteligencia limitada, se empeñó en declarar que no habia oro en la isla, y que si se encontraba seria tan escaso que ni con mucho podria llegar á cubrir los gastos de la expedicion.

Sostenia que no era oro puro el que se hallaba en aquellas minas, que estaba ligado con otros metales de muy poco valor, y estos informes que el ensayador no ocultaba á ninguno, ni aun al mismo Colon, arraigaron más y más en el ánimo de cuantos habian hablado con Bernal Diaz de Pisa el proyecto de llevar á cabo la conjuracion que habian tramado.

Ya no se contentaban con apoderarse de un solo buque.

De hacerlo así el almirante podía inmediatamente enviar los demas en su persecucion ó ir él mismo á España y desmentir sus aseveraciones.

Por lo tanto era de todo punto necesario apoderarse de los cinco buques, partir con ellos á Europa y destruir para siempre la influencia de Colon.

Al efecto se redactó en la morada de Bernal Diaz de Pisa un memorial fulminante contra Colon, las más duras acusaciones.

Este memorial fué suscrito por casi todos los que formaban la colonia y escondido en la boya de un barco.

## CAPITULO LVI.

**Donde Isabel prueba á Colon que ha hecho bien en quedarse.**



OLON estaba en el lecho y no podia enterarse de nada.

Isabel, que no se habia presentado aún á su vista despues de la salida de las carabelas, observó el movimiento que habia entre los colonos, notó la preponderancia que sobre todos ellos tenia Bernal Diaz, y sospechando que iba á descubrir una intriga, le buscó.

—Señor Bernal Diaz, le dijo, usted me inspira confianza y voy à hacerle una revelacion.

Bernal Diaz de Pisa conoció al escudero de Colon, y creyendo que era enviado por su amo se mostró receloso.

—¿Qué quiere el pajecillo?

—Mi amo y dueño me mandó regresar á España en una de las nueve carabelas que salieron de aquí, como podeis ver, añadió, por esta órden escrita, señalándome la carabela en donde debia tomar pasaje y lo que debia hacer en España.

Pero, ¿qué quereis? Yo soy jóven, tenia esperanzas de hacer fortuna por aquí, y cometí un delito; me oculté de mi amo y aún no me ha visto desde entónces. Hoy, francamente, tengo miedo al castigo.

—¿No me engañas?

—¡Oh! podeis preguntar à todo el mundo, mejor dicho, à los que viven cerca de mí, que han podido presumir el motivo porque he estado guardado estos dias.